

*ferum victorem cepit.* Efectivamente: al concluir la conquista del mundo *circum-Mediterráneo*, Roma empezó á sentir los efectos de la reaccion del mundo. Dispersada su accion del centro á la circunferencia, una vez terminada la empresa gigantesca de la conquista, todas las miradas, todas las aspiraciones, todos los intereses, todos los odios y todas las afectos, se volvieron desde la circunferencia al centro. En vano el patriciado habia cerrado hacia tiempo las puertas de la ciudad legal á los habitantes de las provincias, poniendo coto á la ficcion jurídica que extendia la ciudad mucho más allá de sus límites materiales; el inmenso reflujo que convergia hácia Roma, rompió todas las barreras y tendió á la unificacion del mundo civilizado. Cuanto tenia Roma de original, desde el punto de vista local, tendió á desaparecer, pero dejando un sello nuevo al resultado de la fusion que se operó en la ciudad conquistadora; así es que se puede decir que la civilizacion helénica cautivó á Roma, pero al salir de aquel gran laboratorio central, ya estaba trasmutada en lo que se llama la civilizacion greco-romana.

La organizacion de las provincias ayudó mucho á esta obra. Es verdad que los gobernadores habian sustituido al monarca, y lo eran en realidad, lo que no influyó poco en la trasformacion de la República en Imperio; pero no eran reyes independientes, sino que, manteniendo la concentracion de las provincias, y dependiendo en un grado absoluto del arbitrio de Roma, esta ciudad á su vez, ejercia respecto de las provincias, una enorme concentracion que hizo más grande la influencia de las provincias sobre su vida interior. Esta vida interior, tranquila y regular durante los años mejores de la onquista, á la raíz de ésta empezó á

perturbarse. Era natural: el abismo que se creyera suprimido entre la democracia y los nobles, se dejó ver mayor que nunca entre el nuevo pueblo heterogéneo en que hervian los hombres, las ideas, y los apetitos venidos de todas partes de la tierra, y la nueva aristocracia fundada en el dinero. Esta habia gobernado y gobernaba á Roma, dando de hecho un carácter aristocrático á la constitucion, porque se apoderaba de todas las funciones que le eran útiles. De aquí una lucha sorda entre los pobres y los ricos, que no tardaria en estallar. Porque, evidentemente, las revoluciones romanas de entónces en adelante, afectan un carácter profundamente social; por eso la fórmula constante de este período crítico, es la ley agraria, y el repartimiento de la tierra, la nivelacion de las fortunas, ordenada y dirigida por el Estado; no es otro el ideal de los socialistas de todas las épocas. Las ideas socialistas orillan al cosmopolitismo; en Roma sucedió á la inversa: el cosmopolitismo, la hacinacion de hombres de todas partes y de todas condiciones, debilitó enteramente la idea de patria. Ya solo se luchaba por el bienestar material, y todo ideal levantado tendia á desaparecer.

El principal vehículo por donde la descomposicion de todos los antiguos elementos de la ciudad se introdujo en Roma, fué la civilizacion griega. ¿Qué eralo que así se llamaba? ¿Eran las nociones morales de los grandes filósofos, las virtudes prácticas de los grandes repúblicos, los excelsos ideales de los grandes artistas, las ideas divinas de los grandes poetas que constelaban el cielo helénico? Era todo esto y era algo más. Lo que sucedia á Roma con la Grecia, habia sucedido á la Grecia con el Oriente. Así como la civilizacion romana habia sido en su origen principalmente griega, fué esta en su cuna princi-

palmente oriental. Ambas recobraron despues su autonomia; pero la Grecia, al emprender con Alejandro la grande obra de la helenizacion del Oriente, sufrió en sus artes, en sus costumbres, en sus ideas y en sus tendencias, una reaccion completamente oriental; y mientras debilitada y oprimida perdía hasta el último átomo de la libertad, sin la cual la cultura se vuelve una planta mal sana, Roma la dominó, y ella envió á su dominadora los frutos de su pasado que eran inmortales, y los de su presente, que eran la muerte.

Este influjo greco-oriental en una ciudad plerónica de riqueza y de orgullo, que habia saqueado y pisoteado al mundo, iba á producir sus efectos sobre la política, la literatura, la religion y las costumbres de aquella viril sociedad republicana, cuya última espresion completa fué el primer Catón.

En la política, la conducta observada en la Grecia, en el Asia Menor y con las colonias griegas en Italia, por la mayoría filo-helenista del senado y del pueblo, fué el primer resultado de la influencia helénica; en la literatura se produjo una verdadera absorcion del génio romano por el helenismo; los griegos fueron y siguieron, siendo hasta el fin los modelos de los poetas latinos; Ennius, versificó en griego; Fabius Pictor, uno de los más antiguos historiadores de Roma, no solo escribió en griego, sino que helenizó por completo las primitivas tradiciones populares; las tragedias de Eurípides, las comedias de Menandro, son madres del teatro latino: en la religion, fué más grave todavía la revolucion. No solo se confundieron el panteon helénico y el romano, quedando este último pobre y poco idealista de suyo, subalternado al primero, sino que la influencia de la filosofía y la sofística que habian minado por completo la vieja religion politeista de los

helenos, hizo que Roma se resintiese de un estado de cosas que habia convertido al culto en simple fórmula vacía que ligaba mal estos dos extremos, el escepticismo de las clases ilustradas y el completo dominio de las supersticiones más absurdas en las clases populares. Por estos tiempos se introdujeron en Roma los cultos asiáticos, como el de la *Kibeles Frigia*, la madre universal, cuyo símbolo era una piedra meteórica y cuyos sacerdotes eran eunucos; el de Dionisio ó Baco, llegó á tener tal auge, que las autoridades tuvieron que intervenir en las sociedades secretas que se habian formado para practicar los ritos orgiásticos, conocidos con el nombre de *bacanales*, y que servian de pretexto para cometer crímenes abominables. Millares de personas fueron entregadas al hacha del verdugo, pero el mal habia cundido sin remedio.

La doctrina de Evehmeres, que vé en los dioses hombres divinizados, doctrina que rectificada y reducida á sus justas proporciones, es la de la ciencia moderna que hace preceder la necrolatría á la idolatría, fué de las que más impresion hicieron en los altos círculos que por el lado de las mujeres y de la domesticidad, se dejaban influir por los magos caldeos y los hechiceros y aventureros venidos del Oriente y que pululaban ya en Italia.

El episodio más característico en la materia, es el de Karneades y otros dos filósofos que Athenas envió por entónces como embajadores á Roma, y que dieron conferencias públicas. Karneades era un escéptico, que no negaba la verdad como Pirron, pero que sostenia que era imposible llegar á ella, y se atenia á lo verosímil; el discípulo de la escuela estoica, el fundador de la Nueva Academia, consagró su elocuencia y su vida á combatir á sus maestros,

con una dialéctica tan sutil, que los redujo al silencio, mientras vivió. Hay costumbre de tener á Karneades por un charlatan, á pesar de los elogios de Ciceron, que perteneció á su escuela, y se dá en general poca importancia al estudio profundo de esta cuestion capital para la historia de las ideas en Roma. Karneades era un hombre eminente que prestó á los romanos el gran servicio de iniciarlos en una vida intelectual para ellos desconocida. Nosotros no comprendemos los anatemas que los modernos arrojan sobre esta entrada en escena de la filosofia griega en Roma. ¿Es preferible acaso que el conquistador del mundo hubiera conservado la ruda cultura que preconizaba Caton? Entónces la civilizacion se hubiera retardado indefinidamente.

Verdad es que todo lo antiguo se disolvió para trasformarse. El lujo, los objetos de arte, los muelles hábitos del Oriente, invadieron á Roma, y las austeras costumbres del pasado desaparecieron; es verdad que al desaparecer prepararon la decadencia de Roma; pero si para la ciudad conquistadora este fué un grave mal, no lo fué para el mundo, porque solo así fueron posibles el imperio y el cristianismo, los dos factores de más importancia que haya tenido la civilizacion humana. Los griegos, cosmopolitas, escépticos, refinados, habian adquirido esas ideas y tendencias humanitarias que fueron extendiendo sus impalpables gérmenes sobre el mundo y prepararon el advenimiento de la sociedad nueva. El eclipse de los grandes astros del mundo antiguo, arunciaba la próxima venida del sol.

LA REVOLUCION.—Más que en la filosofia cuyos discípulos fueron siempre, en Roma, desde Ciceron hasta Marco Aurelio, hombres con quienes se honrarán siempre los anales de la

dignidad de nuestra especie, la causa de lo que iba á suceder, debe buscarse en el resultado total de la conquista. Con ó sin las doctrinas del placer, autorizadas por Epikuros y cantadas en un poema inmortal por Lucrecio, los romanos hartos de botin y señores absolutos del mundo habrian caido en el estado que hizo no solo posible, sino necesario el eclipse de esa fiera libertad aristocrática, que habia arrebatado la libertad á las naciones sometidas y que puso el puñal en la mano de Bruto.

De esta situacion critica tenian clara y perfecta conciencia los romanos y un historiador apenas posterior de un siglo á este período, Salustio, resume en estos términos, poco más ó menos, su carácter: "Roma estaba dividida; los grandes de un lado, del otro el pueblo y en medio la república destrozada, la libertad en agonía. La faccion de los nobles vencía; el tesoro, las provincias, las magistraturas, los triunfos, eran suyos, cuyas todas las variedades de la gloria y de la riqueza. Sin union y sin fuerza, era el pueblo una multitud impotente, diezmada por la miseria y por la guerra. Porque mientras en lejanas tierras combatian los legionarios, sus hijos se veian arrojados de sus hogares, por sus poderosos vecinos. La necesidad de la dominacion y una insaciable codicia lo invadieron todo, todo lo profanaron hasta el dia en que la nobleza se precipitó á sí misma."

Los romanos no solo conocieron el mal sino que intentaron unos ponerle remedio, volviendo á la república hácia el camino de las antiguas virtudes (el gran representante de esta tendencia fué Caton el mayor), y otros, conciliando el viejo y el nuevo espíritu, haciendo á la sociedad romana igualmente virtuosa y culta. El *Africano* acometió esta empresa. Las reformas conserva-

doras de Caton, sus austeras disposiciones contra el relajamiento de las costumbres, su implacable crítica de las nuevas ideas y hábitos, sus medidas sunuarias sus rudos consejos, su ódio por los extranjerose que podian servir de obstáculo á su país, ódio que tomó á veces un carácter repugnante, como respecto de Carthago, hicieron de este hombre singular una resurreccion de los primeros tiempos de Roma. Durante su censura fué cuando más desplegó estas cualidades y al mismo tiempo una rectitud natural de espíritu, que le hizo poner del lado de los vencidos, como los rodios ó de los proscritos como Polibio y sus compañeros, contra los mezquinos intereses del Senado. Sin embargo despues de detener por algun tiempo el torrente invasor del helenismo, los principios de su grosera moral utilitaria, lo llevaron en su ancianidad á cometer imperdonables faltas: la corriente habia acabado por arrastrarlo. Scipion quiso guiar esa corriente, pero herido profundamente en su orgullo y perseguido por el feroz encono de Caton se retiró al destierro lanzando un anatema sobre su patria. En una palabra, Caton venció al representante del helenismo, pero el helenismo venció al fin.

Lo grave era que mientras tamaña trasformacion se verificaba en la ciudad, el problema social adquiria gigantescas proporciones. Los ricos habian aglomerado casi toda la propiedad territorial en sus manos; los pequeños propietarios y con ellos las clases medias que son la base más sólida de los gobiernos libres habian desaparecido. Los propietarios libres convertidos en desheredados corrian á aumentar la tumultuosa plebe de Roma, ó yacian en los campos de batalla ó se fijaban en los países conquistados. La Italia despoblada, quedó sin cultivo una parte y

la otra cultivada por esclavos venidos de todas partes del mundo y que formaban una poblacion abyecta é inmensa, pues habia propietario que tenia 20,000 esclavos, dentro de la Italia. El cultivo decaia, los vicios monstruosos que son el séquito obligado de la esclavitud, lo corrompian, lo podrian todo y ponian en grave peligro no solo el porvenir sino el presente de la república.

Las gravísimas rebeliones de esclavos en Sicilia y en algunos puntos de la Italia, habian hecho palpable la intensidad del mal. En este estado las cosas aparecieron los Gracos.

*Los Gracos.*—Hijos de Sempronius Gracchus, el célebre pacificador de España y de Cornelia, hija de Scipion el africano; educados por griegos en aquella noble familia en donde era tradicional la union de una cultura refinada y de una gran ambicion de gloria, Tiberio y Cayo, desde el momento que comprendieron la verdadera situacion de su patria, cifraron todas sus esperanzas de celebridad en obtener un puesto de primer orden en las luchas interiores, ya que la guerra exterior habia cesado, con la conquista del mundo, de ofrecer un campo á otra ambicion que la del lucro, por medio de la expoliacion sistemática de las provincias.—Tiberio habia tenido en su vida militar hechos gloriosos y puntos oscuros, pero la popularidad de su familia fué siempre superior á sus faltas. Lleno de grandes ideas y de nobles aspiraciones, este hombre dulce y audáz á la vez, obtuvo el tribunado el año de 133 a. J. C. La empresa que iba á acometer era inmensa.

Para favorecer al pueblo de un modo positivo era preciso remediar muchos abusos: los del senado, instrumento exclusivo de la faccion de los grandes (*optimates*) que se habia abrogado exclusivamente las cuestiones exteriores.

y el manejo de las provincias, maltratadas sin piedad por los dependientes del gobierno de Roma: los de los *caballeros*, es decir, de los ricos cuya mayoría no formaba parte del senado, ni de la nobleza, pero que por medio del dinero habían constituido una aristocracia temible, que vivía en Roma de la usura y del cohecho y que arrendaba el impuesto de las provincias para expoliarlas implacablemente por medio de los publicanos; los del cuerpo electoral, pues que tanto en el voto de las centurias como en el de las tribus, tan favorable á la influencia popular en teoría, dominaban por completo nobles y caballeros unidos. Efectivamente, contándose los votos en las centurias y en las tribus, no por el número de votantes, sino por centuria ó por tribu y teniendo asignada cada una de estas fracciones del cuerpo electoral, una cantidad igual del impuesto, resultaba que pocos nobles ó caballeros bastaban para llenar una centuria ó una tribu, en la que podía haber un número crecido de plebeyos; así era dueña la aristocracia, á pesar de ser la minoría, del mayor número de sufragios en los comicios.

Es verdad que el pueblo obtenía algunos triunfos, sobre todo, en las asambleas llamadas *conciones*, especies de *meetings* en que hasta los que no eran ciudadanos tenían derecho á votar; mas sus triunfos legales venían de su alianza con una de las dos clases altas en pugna con la otra ó del miedo de ambas á una agitación de las masas. Pero la gran cuestión era la de la extinción del proletariado rural. El cultivo en manos de esclavos, los campos convertidos en pastos, el pequeño propietario incapaz de hacer concurrenceia á los grandes propietarios ni á los productos que venían del extranjero, abandonando sus campos y refugiándose en el Lacio en busca del derecho lati-

no, y si era latino en Roma, en donde entraba vendiéndose simuladamente á un ciudadano que lo emancipaba después, por lo que la ciudad reina estaba inundada de libertos, en resumen, un corazón en donde se había concentrado tumultuosamente la vida y un cuerpo gangrenado, sin circulación, hé aquí el espectáculo que Tiberio tenía á la vista. A este mal quiso acudir desde luego; aconsejado por algunos grandes como Scévola, como Appius, su suegro, se propuso crear de nuevo la propiedad media para restituir al estado su equilibrio y á la República sus virtudes y propuso una ley agraria.

Según ella, las tierras comunales debían volver al dominio del Estado, sin dejar en poder de cada ocupante más de 126 hectaras y la mitad para cada uno de sus hijos, sin que el total pudiese pasar de 252 hectaras; se ofrecía sanear de un modo absoluto la propiedad conservada á los actuales detentadores y parece que se les ofrecía también una justa indemnización por los edificios, mejoras, etc. Las tierras vueltas así al dominio del Estado debían ser divididas en lotes y repartidas entre los ciudadanos y aliados itálicos, no á título de propietarios, sino en arrendamiento perpétuo y hereditario (*enfiteusis*) comprometiéndose el poseedor á cultivarlas y á pagar una módica renta al tesoro. Se nombró una comisión, un triunvirato para ejecutar la ley una vez aprobada.

Los nobles pusieron el grito en el cielo; en parte tenían razón. Aquellos antiguos dominios del Estado ya no estaban en poder de sus primeros ocupantes, sino que por medio de contratos onerosos de toda especie habían pasado de mano en mano y podía decirse que el sello de la propiedad pública se había borrado: si á esto se agrega el carácter hasta cierto punto precario

de la propiedad creada por la nueva ley, se palpaban sus defectos y los motivos de su ineficacia relativa. Los nobles, después de varias tentativas pacíficas, declararon abiertamente la guerra al tribuno. Hicieron que Octavio, uno de sus colegas, interpusiera su veto á la *rogacion*, que no pudo ser votada. Tiberio se vengó suspendiendo todos los negocios públicos, y por fin, saliendo por completo del terreno legal, hizo que el pueblo depusiera á su colega, que estuvo á punto de ser asesinado, y la ley agraria fué votada por aclamación. El triunvirato fué compuesto de Tiberio, Appius su suegro, y su hermano Cayo, que apenas contaba veinte años. Empezó á funcionar, á pesar de los obstáculos que le fueron suscitados y de los disgustos que los enviados del triunvirato causaron por donde quiera; el censo marcó, poco después, un aumento de 80000 ciudadanos; aquel era un principio de creación de una clase media.

El joven tribuno no podía hacerse ilusiones. Sabía que si los nobles soportaban la ley, estaban resueltos á no perdonar á su autor, y pensaba en el momento en que dejase su encargo. Necesitaba á toda costa asegurarse la protección del pueblo, y como todos los revolucionarios, entró de lleno en el camino de las adulaciones, como la de hacer que se repartiése entre los plebeyos el tesoro de Attalo, arrebatando al Senado su dominio exclusivo en los negocios exteriores. La copa estaba colmada; sordos rumores presagiaban la tempestad, y el tribuno nunca salía de su casa sino escoltado por tres ó cuatro mil hombres. Llegó el fin del período del tribuno, que dando un paso más en la senda revolucionaria, quiso ser reelecto: sus enemigos lograron suspender los primeros comicios, y en los segundos maniobraron de tal modo,

que en medio de un gran tumulto, se disolvió la asamblea, se propalaron en la ciudad rumores de que Tiberio quería hacerse monarca, y uno de sus parientes, *Scipion Nasica*, arrastrando en pos suya algunos senadores, después de haber solicitado en vano la intervención del cónsul Scévola, corrió al lugar en que se hallaba Tiberio, que fué muerto miserablemente al pié de las estatuas de los reyes.

La reacción respecto de Tiberio fué violenta, pero nadie se atrevió á tocar á la ley agraria, á la ley *Sempronia*, como se decía en el idioma oficial. Y Cayo, Carbon, Flacco, los hombres más violentos del partido reformista, siguieron formando parte de la comisión. Los terrenos públicos fueron poco á poco agotados y los repartidores empezaron á dividir y adjudicar los terrenos concedidos á las ciudades aliadas, sobre todo, á las latinas. Es verdad que el Estado se había reservado la propiedad de estas tierras, y en rigor, la obra de la comisión era legal, pero era injusta respecto de aquellas ciudades que eran el apoyo de Roma. El partido moderado, á cuyo frente se hallaba un hombre de gran capacidad y de gran virtud, *Scipion Emiliano*, tomó por su cuenta la defensa de los latinos. Scipion estaba ausente de Roma cuando su cuñado Tiberio había promovido la revolución y á su vuelta la había condenado enérgicamente. Gracias á su influencia se disminuyeron las facultades de los comisionados, y un plebiscito sometió á los cónsules las resoluciones contenciosas que surgieran en los repartimientos, lo que era paralizar los trabajos del triunvirato. El partido reformista, y sobre todo, la familia de los Gracos, que había hecho de la causa de la revolución un asunto doméstico casi, se propuso separar aquel obstáculo, y cuando Scipion se proponía hacer pa-

sar una ley en favor de los latinos, fué muerto en su casa, extrangulado quizá. Hay quien achaque á Cornelia, suegra de Scipion, una parte en este asesinato: el vencedor de Numancia habia mostrado gran répugnancia por su esposa... Metellus, un modelo de las antiguas virtudes en aquel horroroso tiempo, enemigo personal de Scipion, hizo que sus cuatro hijos cargasen el féretro: «Jamás, les dijo, tendreis ocasion de rendir un homenaje igual á un hombre más grande.» Efectivamente, sin ser Scipion un hombre de génio, pocos, en los anales de Roma, podrán igualársele en pureza moral, en generosidad política, ni en amor á su país.

Después de la muerte de Scipion la agitacion democrática tomó creces; el programa de la revolucion contenía ya diversos capítulos que Tiberio Graco no habia llegado á formular: se trataba de abolir la práctica de no reelegir á los tribunos, de hacer secreto el voto en los comicios, de volver su vigor á la comision distribuidora de tierras, de conferir en masa á todos los aliados itálicos el derecho de ciudadanía. El Senado luchaba contra aquellos agitadores á cuya cabeza estaban el cónsul Fulvius, Flaccus y Carbon, aunque este orador se pasó con armas y bagajes al campo aristocrático. El resultado más triste de estas agitaciones demagógicas, fué la insurreccion de la rica ciudad de Fregela, insurreccion ahogada al nacer y cuya consecuencia fué la reduccion de la ciudad rebelde, desmantelada, destruida y repartida entre otros pueblos, al estado de simple aldea como Capna.

El hermano de Tiberio Graco, Cayo, tomaba parte desde lejos en la lucha, porque el temor de los aristócratas lo retenia lejos de Roma, sin dejar por eso de pretender nulificarlo en su ausencia como con la acusacion de complicidad en la insurreccion de Fregela. Pero fué

todo en vano; faltando quizá á sus deberes abandonó su puesto en Cerdeña y se presentó en Roma á solicitar el tribunado á los nueve años de muerto su hermano. Nueve años precisamente era menor que Tiberio, y si no tenía ni la dulzura ni la tendencia al sacrificio de este, era en cambio un hombre de extraordinaria inteligencia y de un temple de alma superior á todas las adversidades. Su palabra arrebatada y fascinadora, su admirable talento político, su entusiasmo, su aptitud para encarnar en su propia persona aquella tumultuosa democracia, lo hicieron el gran precursor de Cesar, de la monarquía. Desgraciadamente la pasion que lo dominaba, el odio por los enemigos de su hermano, le privaban de la calma reflexiva que hubiere necesitado para consumir de una manera pacífica la trasformacion de la república en imperio, trasformacion inevitable desde el dia que la corrompida plebe de Roma dominó como señora absoluta en la ciudad, desde el dia que la conquista del mundo exigió un centro de cohesion de prodigiosa energía para realizar la unidad de la obra de Roma.

Cayo, á pesar de los sabios consejos de su madre, mujer dotada de virtudes eminentemente nobles y teatrales, que aunque creia que la venganza era lo más bello y lo más grande «*pulerum esse inimicos ulcisci*» siempre ponía por condicion, que con la satisfaccion de ese deseo no recibiese daño la república, á pesar de que tenía la seguridad de correr la misma suerte que su hermano, desde que en 123 a. J. C. obtuvo el tribunado, intentó realizar una reforma completa de la constitucion.

Una vez tribuno, su primer pensamiento fué consagrado á la venganza. Nos ha quedado un fragmento de la vehemente arenga que dirigió al pueblo para obtener dos leyes, una encamina-

da á herir á Octavio, el tribuno que se habia opuesto á Tiberio, y la otra que sujetaba al cónsul Popilius, el perseguidor de los amigos de su hermano, al juicio del pueblo. La primera ley fué retirada, la segunda pasó y Popilius se desterró voluntariamente. Esta ley tuvo de grave y de revolucionario, el efecto retroactivo que se le quiso dar. Los manes de Tiberio estaban aplacados; ahora se trataba de continuar y de engrandecer su obra. La ley agraria, ya casi sin objeto porque probablemente los terrenos del dominio público estaban repartidos, como lo prueba que el censo permaneció estacionario, cobró nuevo vigor; se estableció una distribucion periódica de trigo al pueblo, á bajo precio; á los soldados se les ministró gratuitamente el equipo; se estableció un derecho sobre las mercancías importadas, muy oneroso para los ricos se fundaron colonias para los ciudadanos pobres y se emprendieron grandes obras como graneros, calzadas, etc., para dar trabajo á los indigentes. En pos de las reformas sociales vinieron las políticas como la modificacion radical del voto de los comicios por centurias, de suerte que las altas clases cesaron de monopolizar el triunfo; reforma importantísima que daba la preponderancia al proletariado urbano que con el cebo de las distribuciones de que antes hemos hablado, se aumentaba todos los dias con masas de campesinos, clientela fiel de los agitadores. No era Cayo, sin embargo, un demagogo por el objeto que se proponia. Lo prueba la más seria de sus reformas políticas, la de conferir el poder judicial al orden de los caballeros, es decir, á los hombres que venidos del pueblo se habian puesto por las riquezas á la altura de los aristócratas. Ciertamente este era un mal para las provincias, porque de entónces en más, las exacciones de los

publicanos, que eran los agentes de los *caballeros* que arrendaban los impuestos provinciales iban á quedar impunes; fué en cambio el medio más apropiado para acabar de disolver á la aristocracia, creando al mismo tiempo un poder capaz de tener á raya la multitud y de resguardar la existencia social. El papel de los *caballeros* en la conspiracion [de Catilina demuestra esta verdad.

Si á esto se agregó que el tribuno quitó al Senado el conocimiento de muchos negocios graves y que proyectó introducir en aquel cuerpo aristocrático un gran número de caballeros escogidos por el pueblo, se comprenderá que la idea del célebre agitador, era la sustitucion del gobierno aristocrático con el de los tribunos á quienes todo quedaba supeditado. Y como entre los tribunos dominaba el favorito del pueblo, este era el verdadero rey de la ciudad y del mundo. Que llegara, pues, el momento oportuno y por medio de la reeleccion indefinida, del tribunado vitalicio, la República se convertiría en un Imperio.

De hecho era Cayo Graco un rey; le rodeaban masas inmensas de pueblo, de caballeros, de embajadores, de extranjeros distinguidos. Habia llegado el tiempo de dar un paso más. Después de obtenido un segundo tribunado Cayo presentó una rogacion para conferir el derecho de ciudadanía á los latinos y el latino á los aliados italianos. El Senado se consideró perdido si se adoptaba aquella medida. Siguiendo su táctica habitual, sobornó al tribuno Drassus, que se habia hecho popular, proponiendo medidas más liberales que las de Cayo, y con un *veto* detuvo la ley propuesta. Cayo, bajo cuyos auspicios habia comenzado la obra de la colonizacion de las provincias, queriendo aplazar la lucha civil que era

la consecuencia forzosa de aquella situación, marchó á Cartago á establecer la nueva colonia.—Livio Drusso ganó terreno entretanto y llegó á hacer desaparecer temporalmente la rivalidad entre el pueblo y el Senado, proponiendo medidas sobre colonización y propiedad de los terrenos repartidos, eminentemente populares.

Cayo volvió á Roma á defender su obra; fué á vivir en el Palatino, el cuartel general de las insurrecciones populares, llamó en su auxilio á los latinos pero el nuevo cónsul Opimius, enemigo personal de Cayo los expulsó de la ciudad. El combate estalló con motivo de una investigación ordenada sobre la colonización de Cartago, obra tenida por sacrilega por los nobles. Graco marchó con todos sus partidarios, entre los que había muchos extranjeros, á defender la ley que creó la colonia.—Con cualquier pretexto se trabó la batalla. Los partidarios de Graco, gracias á las vacilaciones de su caudillo perdieron el tiempo en esfuerzos inútiles y á pesar de la heroica abnegación de algunos, Cayo se vió precisado á darse ó á hacerse dar la muerte por un esclavo.

La reacción fué terrible; las persecuciones contra los enemigos del tribuno fueron numerosas, la obra de colonización atacada y destruida en germen. Verdad es que el proletariado quedó en pie, así como las distribuciones al pueblo (*annonæ*), y otras muchas de las disposiciones tomadas por los Gracos. Pero de hecho el Senado recobró todo su imperio, volvió á desaparecer en los campos la clase de los propietarios pequeños, tornaron á estallar por donde quiera las insurrecciones de esclavos, y como los piratas inundaban el Mediterráneo, teniendo su principal refugio en Kilikia, esta comarca fué reducida á provincia romana.—Tras el

triunfo del Senado, se veía, como consecuencia de la obra de los dos Gracos, á quienes su madre lloraba académicamente en su espléndida *villa* del cabo Miseno, rodeada de personas notables, la dictadura militar y el imperio.—De hecho la República había muerto.

MARIUS—*Yugurtha*—«Al recibir el último de los Gracos el golpe mortal, arrojó polvo al cielo y de ese polvo nació Marius,» ha dicho el gran agitador de las primeras horas de la revolución francesa. Efectivamente, Cayus Marius (no tenía tercer nombre, cosa muy singular entre los romanos) estaba destinado á detener la reacción aristocrática y á continuar la revolución haciéndola entrar en el período de sangre. Era Mario (1) un hombre rudo é iletrado originario de una aldea en el país de Arpinum.—Después de haberse distinguido á las órdenes de Scipion en Numancia, como soldado lleno de bravura, capaz de hacerse adorar del soldado é impasible ante las fatigas más crueles, obtuvo, dos años después de la muerte de Cayo Graco, el tribunado.—Una ley contra las intrigas de los candidatos le enagenó á los nobles, su oposición á una distribución gratuita entre el pueblo, le valió la desconfianza de los demagogos y llevó una vida bastante oscura hasta que Metellus le llevó á Africa como lugarteniente.

Se trataba de vencer, en una lucha penosa por todo extremo y no poco aventurada, contra los ágiles y bravos numidas, acaudillados por un hombre extraordinario por su astucia y por su audacia, Yugurtha, al través de las intrincadas comarcas del Atlas ó cruzando los larguísimos y abrasados arenales numídicos á orillas del inmen-

(1) Como nuestros lectores habrán advertido, después de indicar una ó más veces el nombre latino de los personajes históricos de que nos ocupamos, para seguir la costumbre, usamos también del nombre españolizado.

so desierto que devora el corazón del Africa. Yugurtha era un nieto de Massinissa, y en él parecían haberse reencarnado las cualidades asombrosas de su abuelo. El sucesor de Massinissa, dividió el gran imperio numida entre sus dos hijos y Yugurtha. (118 a. J. C.) A poco este mató á uno de sus coherederos y obligó á huir de su reino al otro. Adherbal, así se llamaba al despojado, fué á Roma á presentar sus quejas, pero el oro de Yugurtha había entrado en campaña y la comisión pesquisidora que nombró el senado aumentó á expensas de Adherbal la parte del alivo numida en el imperio. Poco tiempo después Adherbal se veía obligado á refugiarse en Cirtha (la actual Constantina.) Volvió otra comisión de Roma, á cuyo frente estaba Scaurus, hombre de gran talento, pero corrompido, y que era la más alta ilustración de la reacción aristocrática; el oro de Yugurtha lo obligó á retirarse, Cirtha fué tomada y Adherbal asesinado. (112) En vano estalló en Roma una espantosa indignación: el nuevo cónsul vendió la paz y solo cuando estuvo colmada la medida se envió á un hombre suficientemente enérgico para obligar á Yugurtha á ir á defenderse á Roma. El audaz guerrero no vaciló en presentarse al pueblo, en donde los tribunos por él sobornados lo sacaron adelante: lleno de audacia hizo asesinar en la misma Roma á un nieto de Massinissa y cuentan que cuando arrojado por un decreto, salió de Roma, exclamó: «ciudad venal, un comprador es todo lo que te falta.»

La guerra empezó mal y en 109 las legiones se vieron obligadas á evacuar la Numidia después de haber pasado bajo el yugo. Entonces se hizo cargo de la campaña un austero y valiente patricio, Cecilius Metellus, que llevó consigo á Marius. Restableció la disciplina y comenzó á perseguir con tan buen

éxito á Yugurtha, que apoderándose de las principales plazas de la Numidia, obligó á su adversario á emprender la guerra de guerrillas. Fué esta penosísima, por los multiplicados accidentes de la región en que tenía lugar, entre las dos cordilleras paralelas del grande y pequeño Atlas, unidas entre sí por cordilleras transversales. Yugurtha deseaba la paz sin poderla obtener.

Por este tiempo Mario, quiso presentar su candidatura al consulado: el orgulloso Metelo se burló de la pretensión del plebeyo, diciéndole que sería tiempo de presentarse cuando el hijo de Metelo tuviera la edad. Profundamente herido en su amor propio, Mario, juró un odio mortal á su jefe y gracias al patrocinio de la facción popular obtuvo el consulado, é inmediatamente dió entrada en las legiones, en que hasta entonces solo habían servido ciudadanos, á los italianos y á los proletarios; revolución de gravísima trascendencia que iba á convertir á los soldados de la patria, en ciegos instrumentos de los generales afortunados.

Cuando Mario reemplazó á Metelo, Yugurtha, que se había refugiado entre los *gétulos* más allá del Atlas, había formado con estos hombres un numeroso ejército y aliado con su suegro Bocchus rey de la Mauritania, se presentaba más amenazador que nunca. Mario y su joven lugarteniente Sylla, de la noble familia de los Cornelios, se apoderaron de la plaza en que el numida guardaba sus tesoros y cuando ya no quedaba á los africanos, esperanza de vencer remezaron á tratar con Bocchus. Sylla, se encargó personalmente de la negociación; el moro entregó á su yerno á quien Sylla condujo encadenado al través de todo su antiguo reino. La guerra estaba terminada; la provincia romana de Africa aumentada y el resto dejado en manos seguras, Yugurtha

después de figurar en el triunfo de Mario, fué arrojado en el *Tullianum* especie de pozo abierto en la roca del Capitolio: ahí murió de hambre.

*Los Cimbrios.*— Aunque Roma no gustaba de provocar á los habitantes de ese mundo inmenso y misterioso que bullia al N. de los Alpes, la necesidad de asegurar sus comunicaciones por tierra con España y Grecia, la forzarón á abrirse paso por entre los bárbaros. Las expediciones en los Alpes orientales, no sin grandes peligros y hasta desastres como el de un Catón el año de 114, tuvieron éxito completo; lo mismo sucedió con las dirigidas hácia los Alpes occidentales. Roma empezó por asegurar á los masalotas el dominio de los terrenos que habían ocupado sobre los bárbaros y en una de estas expediciones fundó en un sitio ventajoso la colonia de *Aquæ Sextiæ* (Aix) luego siguió conquistando una gran parte del valle del Ródano hasta las orillas del Lemany desde el río hasta los Pirineos. Con toda esta comarca formó la provincia transalpina, con sus dos colonias de Aix y de Narbona *Narbo Martius* destinada á ser la rival de Marsella.

Algunos años hacia que un enjambre de hordas germánicas venidas de las orillas del Báltico, *los cimbrios*, (1) rondaban en derredor de los límites del imperio á lo largo del Danubio. Aquellos hombres blancos, altos, con grandes trenzas rubias y ojos azules y feroces, armados y vestidos como los celtas, pero en un estado salvaje quizá mas pronunciado, llevaban consigo una gran fortaleza ambulante (*Wagenburg*) y á sus familias en carros cubiertos de cue-

[1] Algunos antiguos siguiendo á Poseidonios de Apamea, contemporáneo de la invasión cimbrica, y otros sabios modernos han creído ver en los cimbrios una parte de la familia *Kimmeriana* cortada en dos por una invasión de los scitas. Esto no es exacto; los cimbrios, que tampoco pueden confundirse con los *Kymris* eran germanos y los invasores del Asia eran tracios.

ro y rodeados de perros educados para el combate, en busca de una patria. Aquella primera aparición de la raza germanica de que nos habla la historia, era una nación en marcha.

Al desembocar ese río humano en los Alpes Cárnicos arrollando á los celtas á su paso, el cónsul Carbon que los esperaba cerca de Aquilea, les ordenó retroceder. Así lo hicieron, después de destrozar á una parte del ejército de Carbon que les había puesto una emboscada. Abandonando entonces las regiones danubianas que habían asolado espantosamente, los cimbrios penetraron en la Galia por el Rhin y los montes jurásicos, después de haber tratado con los helvecios. Otro cónsul, Silanus, quiso oponérseles, pero fué vencido y Roma empezó á recurrir á las grandes medidas para hacerse de hombres y recursos que oponer al torrente. En pos de los cimbrios se movieron también los *helvecios* hácia las Galias y una gran parte de ellos fueron á situarse á orillas del Garona, derrotando y matando al cónsul Longinus y á un número inmenso de romanos; á consecuencia de esta derrota se sublevó Tolosa. El nuevo cónsul Cepion, se apoderó de la ciudad rebelde saqueó el templo del dios celta Belen, en donde estaba depositado un inmenso botín de guerra y envió los tesoros á Roma, haciéndolos robar en el camino por sus agentes, para poder cubrir su fraude. Cepion y su colega recibieron por fin el choque de la invasión cimbrica á orillas del Ródano en *Arausi* (Orange) y fueron en dos batallas sucesivas, derrotados ó mas bien dicho exterminados por los bárbaros (105 a. J. C.). La Italia quedaba abierta á los invasores y en Roma se apelaba ya á las últimas extremidades; pero la corriente cimbrica se desvió una vez mas y después de haber matado á todos los prisioneros y precipitado en el Ródano todo el

botín de guerra, en cumplimiento de un voto hecho á sus dioses, los invasores devastándolo todo á su paso, atravesaron los Pirineos y fueron á medir sus armas con los celtíberos. Aquello fué la salvación de la República; Mario encargado de la guerra se situó en una excelente posición en la confluencia del Ródano y del Iser y esperó restableciendo la disciplina de las tropas, haciéndoles ejecutar gigantescos trabajos de canalización, habituándolos á pelear con los bárbaros y reformando el armamento y la táctica del ejército. Tres años esperó Mario, reelecto cónsul en cada uno de ellos, hasta que los cimbrios y los teutones rechazados por los españoles aparecieron resueltos á abrirse paso y penetrar en Italia. Mario inmóvil vió desfilar durante seis días aquellas hordas feroces y luego las fué siguiendo hasta que cerca de la nueva colonia de Aix se dió la batalla; los bárbaros hicieron prodigios de valor, pero la disciplina de los romanos y la inteligencia de su jefe se sobrepusieron al fin y fueron completamente vencidos. Sus pérdidas fueron tales que, según Plutarco, las tierras abonadas con la sangre y los cadáveres fueron de entonces fertilísimas. Cuando Mario rodeado de toda la pompa sacerdotal iba á ofrecer á los dioses un sacrificio solemne en acción de gracias por la victoria, supo que había sido electo cónsul por la quinta vez. Un inmenso grito de júbilo resonó en todo el ejército, los soldados saludaban el advenimiento de la era de los gobiernos militares, prólogo de la monarquía.

La invasión bárbara se había dividido en dos corrientes; una, la de los teutones, era la que había encontrado á Mario; la otra, la de los cimbrios propiamente dichos, repasó con los helvecios el Rhin, y atravesando los Alpes por la garganta de Brenner, bajó al valle del Adiga. El cónsul Cátulo, con un

ejército espantado, se vió obligado á retroceder hasta más acá del Pó. Ahí se le unió Mario, y la batalla se dió en Verceil. (101). El sol ardiente de la Italia derretía aquellos cuerpos hechos á los frios hiperbóreos, y agotaba sus fuerzas. Los romanos hicieron una horrenda carnicería, y los que sobrevivieron al combate, las mujeres sobre todo, se suicidaban ahorcándose en los árboles ó en los timones de sus carros. De cerca de un millón de hombres que habían abandonado el Báltico para marchar al Mediodía, solo quedaban algunos millares de cautivos para decorar el triunfo de Mario.

*Los reformadores.*— *La guerra social.*— En aquel victorioso campesino vieron los demagogos un jefe. Sin embargo, la sucesión de los acontecimientos probó que aquel excelente capitán tan bravo, tan sencillo, de tan austera conducta y tan inteligente reformador del ejército, era un pobrisimo político. Su intervención en la revolución fué siempre vacilante y torpe, cuando no brutal. No tenía un ideal, sino un odio: la nobleza, y esta circunstancia negativa, le obligó á pactar con los demagogos. La facción popular estaba entonces dirigida por el insignificante Glaucio y por Saturninus, hombre de un temperamento esencialmente revolucionario, pero de buena fé. Convinieron para desarrollar su programa, que era el desarrollo del de Cayo Graco, en que Mario se haría nombrar otra vez cónsul, tribuno Saturnino y Glaucio pretor; si no el voto espontáneo, si la presión ejercida sobre los comicios por los viejos soldados de Mario, realizó el plan, no sin una oposición terrible. Desde luego pusieron los vencedores manos á la obra, y Saturnino propuso una ley agraria y de colonización en que se ordenaba la repartición entre los proletarios y los soldados de Mario de